

El oráculo

Alberto Silva

El camión arrastraba pesadamente los dos remolques cargados de madera carretera abajo, justo a la hora en que la noche comienza a caer sobre las montañas y los corazones de los hombres. Los remolques le pesaban sobre la espalda como si fuera él y no el camión el que los arrastraba trabajosamente camino del Mercado de maderas de la capital. Llevaba casi trece horas en la carretera y sólo había parado para comer un plato exiguo de patatas con cebolla y salchichas hacía ya demasiado rato. Las luces de un Motel cercano lo decidieron a mandar a la mierda la legendaria puntualidad de la compañía, y casi sin pensarlo se vio estacionando el coloso maderero en un parking sombrío y resguardado. La creciente oscuridad y los neones solitarios desfiguraban los contornos del edificio rectangular que se confundía con el profundo bosque que lo rodeaba y protegía del incesante viento del este. A la derecha, la carretera, casi vacía acompañaba con su sonata de motores y luces el resplandor equívoco del luminoso.

Habitación 302, primer piso.

No le interesaban ni la forma ni las proporciones de la habitación, hacía ya muchos años que había aprendido que todos los moteles son iguales, qué más da una habitación u otra, cuadrada o rectangular, cama de matrimonio o simple, paredes verdes o burdeos... Ni siquiera encendió la luz. Tanteó con los pies hasta encontrar la cama y se tumbó respirando un aire cargado del ruido de la carretera, de los suspiros del viento en los árboles, del olor a humedad que salía de un baño que más que verse se intuía.

Repentinamente, algo le hizo fijarse en una especie de hueco más claro que se extendía a su derecha. Pensó que debía ser una especie de salida de emergencias

hacia el corredor aporricado que rodeaba todo el edificio y por el que se llegaba a las habitaciones del primer piso, o quizá la puerta a un balcón incierto. Lo miró creyendo ver las cabriolas del viento en el bosque y un cielo azul estrellado. Las luces de la carretera que se podía imaginar pasando por el lado de la puerta acristalada le descubrieron una figura a la que en un primer momento no prestó atención. Sería un perro o algo así. En todo caso no podía ser nada que le quitara el sueño. Pero mientras se daba la vuelta para dejar a su espalda la ventana, descubrió de refilón dos ascuas verdes y rojas que salían de la sombra y se fijaban en él, brillantes y frías.

La luz del camión que estacionaba en el parking iluminó instantáneamente a la figura agazapada misteriosa que con la mirada torva y una sonrisa malévola parecía desafiarle desde fuera. Le ordenaba que se levantara con una voz muda e imperiosa. El lenguaje de los profundos ojos verdes, fosforescentes y sin órbita.

Llamaban sin parpadear, pero de una manera tan arrebatadora que a pesar del salto de su propio corazón, el camionero levantó el tronco cargado por el cansancio con una agilidad increíble. En realidad no se movía, flotaba sobre una alfombra de efluvios misteriosos que cubría por completo la habitación y su ánimo, y que manaba de esos ojos malvados y familiares. Aun así decidió moverse —o, más bien, dejarse arrastrar—, cautelosamente y sin apartar los ojos del ser extraño. No quería espantarlo. La bestia, sin señal alguna de temor, abandonó su posición acechante y se puso de pie casi al mismo tiempo que él, dejándole intuir sus proporciones, con los ojos mirando, indagando y desentrañando burlonamente el secreto que él intentaba esconder mejor: el shock.

Un primer paso con la izquierda y los ojos felinos se abrieron un poco más impacientes en la oscuridad total, con un resplandor minúsculo, capaz de atrapar como una red pequeña y poderosa un mundo entero de tinieblas. Un paso más, y otro y un escalofrío que sube por la espalda dejando todo el vello del cuerpo en posición de ataque. El temblor y el frío agarrotan las manos... Un paso más. El

corazón parece poder romper el pecho como de nieve en un latido colosal. Se detiene en la nube de vapores atrayentes con la última esperanza de la razón. Debe detenerse. Si no lo consigue, habrá perdido la batalla y su ser estará condenado a caminar para siempre por los bosques de la locura. La razón ordena, él intuye, y la fuerza de los ojos cautivadores arrastra los pies que quedan a un metro de la ventana. El brazo trémulo avanza hacia el cristal, que sin romperse, se descompone apartándose de su camino. Los dedos ciegos se estiran en busca de una mano gemela que se despega del cuerpo inmóvil.

Su propio grito, reconocido entre las tinieblas, muy lejano, lo hizo salir del vacío del sueño. Traspasó las barreras de la inconsciencia en un segundo eterno, alejándose de la visión turbadora y aterrizó en su propio cuerpo que se revolvía en un espasmo doloroso. Fuera, el sol brillaba entre nubes grises. El sudor envuelve las sienes que no recuperan el color y baja a ríos por el cuello empapando el pecho frío aún.

Mareado se acerca a la puerta de un baño real, que huele a humedad como el baño que apenas se podía intuir el día anterior. En la desnudez, puede disfrutar del frío de los azulejos y de la mañana. Parece que la vida quería volver al fin y al cabo. Abre las duchas y el agua que cae limpia despeja su mente confundida en el fragor del sueño. La sangre vuelve a moverse en el cuerpo. Se viste y se sienta con las botas de montar en la mano y se decide, ya sin miedo, a mirar el hueco donde soñó una ventana.

La sirena de una camioneta convirtió en una mueca sorda y horrible el grito desgarrador. Pegado a la pared, frente a él, amenazante, próximo, un espejo de cuerpo entero mantiene atrapada en su interior a la bestia. Un monstruo de metro setenta, con ojos felinos e irónicos. A la luz de la mañana ve cada uno de los rasgos que por la noche ni siquiera se había atrevido a imaginar.

Pero el monstruo era inofensivo. Estaba encerrado en el fondo del espejo, en un mundo ajeno e infranqueable, no más una copia bidimensional e inconclusa del mundo real. Eso hubiese pensado cualquiera, el espejo y la mente jugando con la realidad, creando un mundo absurdo para una bestia imposible. Eso hubiese pensado cualquiera menos él, porque él conocía ese gesto, esos ojos de gato, esa cara chata y misteriosa. Él conocía a la bestia, porque la bestia era él.

